

que aquí adulteró D. Juan las palabras del Papa); pero no se debe adorar mas que á Dios."

Y así es la verdad: la adoracion ó el culto de *latria* solo á Dios lo rendimos los católicos, y el de veneracion ó el de *dulia* á las imágenes; no porque sea mas ó menos buena la imagen, artísticamente hablando, no porque sea de oro ó piedra, sino por el original á quien representa. Esas palabras, pues, de Adriano, que comprenderá un niño con su catecismo en la mano, no las comprende ó las comprende mal D. Juan Amador.

SIGLO IX.

Leon III.

La Europa reconoció al punto á ese Pontífice, porque vió en él al hombre que sin intrigas, ni *medios ilicitos*, fué electo unánimemente para apacentar el rebaño de Jesucristo; y si bien algunos de sus ambiciosos enemigos murmuraban de su conducta, él desvaneció los cargos que no se le probaban, ante una crecida asamblea, donde evocó á la Divinidad para que testificara su inocencia, quedando con esto y con no haber pruebas en su contra, plenamente justificado ante el mundo.—Ejerció grande influencia en la corte de Carlo-Magno: fué compasivo y de piadosos sentimientos, como lo demuestra el hecho de interceder por Pascal y Cápulo, sus acusadores, para que se les conmutara, como lo consiguió, la pena de muerte á que estaban condenados; y si durante su Pontificado la *justicia* y no el Papa, sentenció á sufrir la última pena á los conjurados que intentaron asesinar á Leon III, oigamos como lo explica el historiador Berault: (1) "Agravaban este atentado tan infames circunstancias, que con ser un Pontífice tan santo, ó no estuvo en su mano, ó no le pareció del caso, enfrenar el curso ordinario de la *justicia*."

(1) Tom. 10. pág. 20.

El carácter de este escrito no permite hacer un elogio completo de este y muchos santos pontífices: me he propuesto no mas que patentizar las mentiras del *Despertador*, y seguirlo paso á paso con la férula en la mano, quiero decir con la historia, dejando á mi pesar de referir aquí las virtudes y los mas gloriosos rasgos de los Pontífices.—Lea vd. detenidamente la historia, Sr. Amador, y se convencerá de las muy justas razones que tuvo la Iglesia para canonizar á San Leon.

Pascual I.

Este papa participó, por medio de una carta, á Luis, Emperador de Francia, su exaltacion al Sólido pontificio: esto era suficiente para que la Corte romana mantuviera sus buenas relaciones con las de aquella nacion, y no necesitaba la confirmacion imperial de su nombramiento, como quiere el *Sr. Despertador*.

Resulta de aquí que el Emperador no debió ofenderse por la falta de aviso de la nueva eleccion del Pontífice, á quien sin embargo reconoció, mandándole luego sus legados.

Dice vd., Sr. Amador, que de la conducta de este Papa solamente no se escandalizarán las personas que pertenecen el clero católico; pero incurre en un error, puesto que Beaufort y Receveur y otros, que no se contaban en ese respetable cuerpo, no ven en la acusacion que hacian á Pascual I sus enemigos, sino una calumnia que destruyó, jurando delante del enviado del Emperador, del clero romano y de 34 obispos, que sin embargo de que creia reos de lesa-magestad á Teodoro y Leon, no habia tenido el menor participio en su muerte. (1)

(1) Beauf tom. 2. pág. 180

004897

Eugenio II.

¡Válame Dios, Sr Amador! No sabe vd. de la misa la media. Conque en tiempo de Eugenio II se dió por los emperadores la ley orgánica para la eleccion de los Papas, la cual les ordenaba prestar juramento de fidelidad al emperador, y sin este requisito no podian los electos aceptar su nombramiento canónico como lo hizo el Papa Eugenio?—¿Y quién dice eso? ¿quién le enseñó á aplicar tan mal esa *ley orgánica*?—Ocurramos con alguien que nos ilustre en la materia, con César Cantú, que tiene fama de no ser muy lerdo. Aquí está el tomo 3.º de su *Historia Universal*, publicada en Méjico el año de 1854 A la pág. 115, dice: “Lotario prescribió un juramento de fidelidad que *el pueblo* debía prestar al emperador: el Pontífice debía ser elegido segun los cánones.” ¿Lo oye vd.? Lo del juramento de fidelidad era para el pueblo.

Corrija vd. por Dios, ese *retrato* que es un borron para su *talento artistico*. Por lo demas, nada importaria que se diera esa ley en el sentido que vd. quiere darle: seria una de tantas leyes injustas del poder temporal, que no podian ni debian acatar los Romanos Pontífices; y por eso en la misma página que acabo de citar, hallamos que *Eugenio II* fué entronizado *sin aguardar el consentimiento de Lotario*.

Gregorio IV.

Fué tal la humildad de este Pontífice, que se refugió á una Iglesia tan luego como supo su eleccion, porque conocia lo pesado de la carga que tendria que llevar sobre sus hombros; pero Dios, que lo habia designado para Cabeza del catolicismo, lo hizo que tomara posesion de ese encumbrado puesto en que ejecutó varias acciones gloriosas, como fueron la reparacion de

(1) Tom. 3, p. 85.

la ciudad de Ostia, cuyo pueblo, cuenta Atanasio en la vida de los Pontífices, para no olvidar tan inmenso beneficio, tomó el nombre de *Gregoriópolis*; y tambien el intervenir en las diferencias que hubo entre Lotario y su padre Luis, rey de Francia, con cuya laudable mision en nada infringió sus juramentos, pues solamente se propuso hacerlos vivir en aquella *paz que tanto recomendó el Salvador*, para valerme de las palabras del mismo Pontífice, que volvió desconsolado á Roma, segun lo refieren los historiadores, (1) cuando se convenció de que no conseguiria su objeto.

FÁBULA DE LA PAPISA.

¿Podiera creerse que en pleno siglo diez y nueve, hubiera todavía un escritor que hablase formalmente de esa fábula torpe de la papisa Juana? Cuando en el siglo de Feyjoo, “ya los protestantes habian cesado de importunarnos con esa *monstruosa invencion*, porque el mismo David Blondal, ministro calvinista, habia demostrado todo lo grosero de tal impostura” (2) ¿hay todavía un D. Juan Amador, que la copia y la cree y pretende *importunar* con ella á los católicos?

Lo que voy á responderle es sencillamente lo que responde César Cantú. (3) “Este cuento vulgar, motivo de chanzas y escándalos, no sufre el examen de la crítica.” Eso basta y sobra para contestar á D. Juan Amador. Pero como bien podria ser que alguno ignorase el origen de tal fábula, añadiré unas líneas mas.

Hubo un Pontífice, Juan VIII, que trató con tanta indulgencia á Fócio (sectario asaz insolente y malvado), y que mostró tal debilidad en los actos de su gobierno temporal, que dió ocasion á que se publicara un libelo satírico en que se hablaba de la flojedad de un

(1) Recev. tom. 3., pág. 93.

(2) Feyjoo, tom. 5.º de las C. pág. 173.

(3) *Historia Universal*, tom. 3., pág. 116.

Pontífice. Despues, en el siglo mas bárbaro, la ironía fué tomada por realidad, ó mas exactamente, los enemigos de la Iglesia romana, vistieron esa fábula de mil curiosas peripecias, y la lanzaron al viento para entretener la credulidad del vulgo, no faltando tambien entre el vulgo de los escritores quien la tomara por lo serio, la creyera y pensara atacar con ella *terriblemente* al Pontificado. Esa papisa vaporosa, fantástica, la colocaban los romancesos, los novelistas y hasta *ciertos* historiadores, entre el pontificado de Leon IV y Benedicto III. El mismo Fócio, enemigo encarnizado de Juan VIII, nunca fué tan osado que hiciera uso de semejante arma para atacar á la Iglesia católica. (1)

Benedicto III.

Inútil sería ocuparme de este papa, cuando los mismos que han procurado columniar á la Iglesia, en sus Pontífices, como el Sr. Amador, nada encuentran que pueda manchar su memoria.

Nicolás I.

Tal gusto tiene el moderno *retratista* de nuestros Papas en valerse de las palabras soeces del arzobispo de Colonia, que excomulgado por sus crímenes, blasfemó tanto contra la Sede Romana, (como despues lo hizo el tristemente memorable Lutero) y nos cuenta tan increíbles patrañas acerca de Nicolás I, pintándolo como *adulador del poder del mundo*, como favorecedor del desgraciado Fócio para *halagar al emperador Basilio*, y aun como sostenedor de la herejía oriental, sobre el Espíritu Santo; que no puedo menos de contestarle con las propias palabras de que usó este Papa en su defensa. Escuchémoslo en sus cartas dirigidas al emperador Miguel: (2)

(1) Véase á Berault. tom. X, pág. 350, á Burio, pág. 107 y á Venillot, [Perf. de Roma] pág. 443.

(2) Beauf.—Tom. 2, p. 171 y siguientes.

“En los Vicarios de San Pedro no debéis mirar quiénes son, sino lo que hacen para la correccion de las Iglesias y para vuestra salvacion..... Decís que desde el 6.º Concilio ninguno de vuestros predecesores ha recibido un honor semejante al que nos habeis dispensado escribiéndonos. Vergüenza es para vuestros antecesores haber estado tantos años sin buscar el remedio á las diferentes herejías que los afligieron..... y los herejes sabian que no podíamos tener comercio con ellos: cuando lo han intentado, los hemos rechazado ignominiosamente..... Tratais de bárbara á la lengua latina: si es porque no la entendéis ¿no es ridículo que tomeis el nombre de emperador de los romanos, cuya lengua ignorais?” Despues hablando de los privilegios de la Silla Romana, añade: “Si os levantaiis contra ella, cuidad de que ella no se vuelva contra vos, porque si no nos escuchais, os miraremos como manda Nuestro Señor mirar al que no escucha á la Iglesia. Estos privilegios son perpetuos: podrán ser combatidos, pero no destruidos.” Entre todas nuestras penas, continúa el mismo Nicolás, nada sentimos mas que los injustos cargos de los emperadores griegos Miguel y Basilio que *instigados del odio, nos acusan de herejía*. Proviene su odio de que hemos *condenado* la eleccion de Fócio..... Nos acusan de que ayunamos los sábados y de que decimos que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo.” ¿Y este es, Sr. Amador, el defensor de la herejía oriental?

Lo conoció vd. ya porque él ha hablado, y hoy sí puede formarse una idea exacta del Santo Papa Nicolás I.

Adriano II.

Como Amador dice que este Papa fué *orgullosa* y que dejó un *nombre deshonorado*, sin determinar un solo hecho, yo voy á referirle uno de esos actos *de refinada soberbia*. He dicho mal: no soy yo el que hablaré, es Guillermo Burio en su *Brevis notitia Pontificum*:--“*Adrianus, dice, convocatis Episcopis ad convivium, eorum manibus humiliter aquam effudens, cibos apponens.... dum surre-*

xit ab epulis in faciem suam coram omnibus procidit, rogans ut pro Ecclesia Catholica, pro Imperatore, ac pro seipso preces Deo offerrent;” y compendia la vida de este Papa en las claras palabras siguientes: “Adrianus secundus: vir hic multarum virtutum, (1) O como en español y en otros términos se expresa Beaufort: (2) “Convidó pues, á muchos monges á comer, les sirvió el mismo así el lavatorio como los manjares, y se sentó á la mesa con ellos; cosa que no habia hecho ningun Papa antes de él. Despues de la comida se postró con el rostro pegado al suelo y les habló en estos términos: os suplico, hermanos míos, que rogueis por la Iglesia católica, por nuestro hijo cristianísimo el emperador Luis, que Dios le someta los sarracenos para nuestra tranquilidad: rogad tambien por mí, que el Señor me dé fuerza para gobernar su Iglesia tan numerosa.”— ¡Cuán solemne mentís dan al Sr. Amador esos autores!

Juan VIII.

Las difíciles circunstancias en que estuvo al frente del gobierno de la Iglesia este Pontífice, y mas aun, su carácter atrabiliario, le hicieron cometer algunas faltas, principalmente en política, que son disculpables, atendido el espíritu de la época en que ellas tuvieron lugar, y sobre todo, porque tendian, segun las intenciones del Pontífice, á debilitar la fuerza del golpe que los sarracenos preparaban contra el mundo civilizado. Esto consta en los libros de aquellos tiempos, y ni en ellos ni en los historiadores modernos leemos, como en la coleccion de retratos del Sr. Amador, que Juan VIII, aunque poco celoso por la religion, haya filiádose alguna vez entre los impíos. “Donde quiera que halle una mancha la hare ver,” he dicho.

(1) Pág. 109.

(2) Tom. 2 p. 198.

Martin II.

“Martinus, dice Burio, (1) sedit *laudabiliter etc.*”—Tal expresion es bastante para refutar la calumnia de Amador contra este Papa; supuesto que nunca puede la historia reputar como *laudable el tomar parte en la muerte de nadie*; y solamente este escritor procaz y maldiciente, estampa tan vil insulto contra el sucesor de Juan VIII, *de cuyas huellas se separó Martin II en su corto Pontificado*, segun lo refiere Beaufort. (2) Oigase, á mayor abundamiento, lo que dice Berault, (3) hablando de la eleccion de Martin: “Se elevó á ella inmediatamente á Merino II, de este nombre; aquel antiguo legado de Constantinopla que tenia tan justos títulos para *ser venerado* del clero de la Iglesia romana, y que era tan capaz de reparar las faltas de su predecesor.”

Los citados testimonios ¿no serán bastantes para que rectifique su opinion el Sr. Amador?

Bonifacio VI.

Es cierto que este Papa ascendió al Solio en medio de grandes turbulencias; pero no lo es que haya sido depuesto como Pontífice, toda vez que dejó de serlo por su muerte acaecida á los 20 dias de su gobierno; y menos el que fuera asesinado por sus enemigos, como lo asienta D. Juan Amador, supuesto que la historia no refiere ese asesinato. Registrense sobre el particular las obras de César Cantú (4) y Beaufort, (5) viéndose así de parte de quien se encuentra la verdad.

(1) Pág. 112.

(2) Tom. 2, pág. 249.

(3) Tom. X, pág. 359.

(4) Historia Universal, tom. 3 pág. 118.

(5) Tom. 2, pág. 256.

Estévan VI.

Efectivamente fué Estévan VI un hombre cruel y que dejó mala memoria á los siglos posteriores. ¿Pero dice esto algo contra el Pontificado? Ciertamente nó; supuesto que, como se ha repetido ya hasta el fastidio, la mala conducta de uno, de diversos individuos, segun lo que digo en mi introduccion á este opúsculo, nada arguye contra la bondad de una corporacion, particularmente cuando no por el hecho de entrar á ella, se santifica el nuevo miembro, sino que, hombre como es, continúa con las mismas pasiones y es capaz de ser engañado por los que le rodean. Mas advierta el Sr. Amador que esos Pontífices, que sin ser dignos han ocupado la Cátedra de Roma, tienen un reinado de corta duracion, Estévan solo presidió la Iglesia por catorce meses. ¿No se vé en esto manifiesta la mano de Dios que marca á poco tiempo el hasta aquí á esos Papas indignos que rara vez aparecen, viniendo á poner mas en relieve las eminentes virtudes y beneficios sin cuento de los que les precedieron y de los que les siguen?

Roman y Teodoro II.

Dios quiso que estos dos Pontífices celosísimos repararan, en el poco tiempo que ocuparon sucesivamente el lugar de San Pedro, los escándalos ocasionados á la Iglesia por Estévan VI; lo que en efecto consiguieron, merced á sus eminentes virtudes. Repusieron en sus diócesis á los obispos separados por el gobierno anterior, y dieron nuevamente sepultura á Formoso, cesando así la indignacion que produjo el atentado de su exhumacion, cometido por Estévan.

Concluye el Sr. Amador esos *retratos*, únicos que hasta aquí no ha manchado, con esta bufonada de que nos reiriamos (¿cómo no, si es muy graciosa?) á mandíbula batiente, si no envolviera una

blasfemia contra el Espíritu Santo. *Juraria que el Espíritu Santo, dice, fué mas adicto á este Papa (á Roman) que á Estévan.*

¿A qué insultar, Sr. Amador, á la Divinidad? Créalo U.: ya pasó el tiempo de Voltaire, y hoy dia ya no son *de buen tono* esas chocarrerías. Las usan apenas los *brigands* que Eugenio Sue hace hablar en sus "Misterios de Paris." Dios no es *adicto* á nadie: U., y yo, y los Pontífices, somos, no adictos tampoco, sino siervos de Dios.—Perdone U. el sermón y continuemos.

Leon V.

Una línea solamente le dedica D. Juan Amador. Dice que Cristóbal lo destronó, encerrándolo en una prision. Es verdad: en esta vez nada tengo que replicar y lo celebro mucho.

Cristóbal.

Lo mismo que el retrato anterior: le *dá mucho aire* al original. ¡Oh! si así pintara siempre el Sr. Amador seriamos los mejores amigos del mundo.

SIGLO X.

Al entrar al siglo X, época del desbordamiento de los vicios, debemos advertir que la Iglesia, por medio de sus prescripciones conciliares, fué la única que puso un dique para contenerlos, cuanto fué posible: que ella sola luchó ardientemente en corregir y reformar las costumbres de esa Edad que no sin razon se ha llamado "Edad de hierro."

Sergio III.

Luitprando, *escritor satirico y apasionado*, como lo llama Receveur, (1) es el "único autor contemporáneo que ha manchado á Sergio con tan odiosa imputacion." La misma de que hoy se ha servido el [*Despertador*]. Y si bien es cierto que las estrechas relaciones de este Papa con Teodora, fueron un motivo de que se murmura de sus costumbres, esto no dá tal certeza que pueda, segun pretende el Sr. Amador, tenerse como un hecho histórico.

Es necesario hacer aquí una observacion que ya otros han hecho; pero que conviene repetir á cada paso. Los que levantan mas alto la voz, llamándose espíritus fuertes, hombres despreocupados que *nada aceptan sin exámen*, como el Sr. Amador; los que se creen hombres superiores, porque desechan la fé de sus padres, esos mismos que nada creen en el órden religioso, prestan la mas completa fé á cualquier cuento que se hallen en Luitprando, por ejemplo, con tal que sea una diatriva contra las personas ó las cosas de la comunión de que han renegado. Nada importa que se les diga que una crítica sensata no se contenta con tan poca cosa; que los rumores del populacho no son nunca el criterio de un espíritu juicioso ó imparcial; que bien puede hallarse una aseveracion escrita con letras de molde, que no pase de ser una insulsa pampirolada: nada; *magister dixit*: lo dijo Luitprando y lo creo, y nadie me replique. Y así se verifica, por un fenómeno digno de examinarse detenidamente, que los que *aceptan todo sin exámen*, los verdaderamente crédulos, son los que mas se precian de incredulidad.

Juan X.

Otra vez canta el Sr. Amador por boca de ganso, aunque tiene vergüenza de decirlo: otra vez Luitprando es quien lo inspira.

(1) Hist. Ecl. Tom. 3. pág. 239.

Sabido es que este fué el zurcidor de las calumnias propaladas contra Juan X. Muratori ha hecho ver lo que vale ese tejido de mentiras, y concluye su juicio crítico asentando que Juan X *fué un Pontifice lleno de prudencia y muy exacto en el cumplimiento de sus obligaciones*. (1) Y aun el mismo César Cantú [2] que en su Historia Universal nos refiere tambien lo que antes habia dicho Luitprando, asegura que Juan X se portó mejor de lo que se aguardaba de su origen; y refiere que lo mismo venció á los sarracenos que defendió á la Sede Romana, tratando de arrancar la influencia que en ella querian tomar los grandes señores.

¿A qué queda, pues, reducido ese aserto de que *Teodora fué quien rigió entonces la Iglesia*, y mas si se toma en cuenta que ese Pontifice dejó ver en sus cartas á Herveo, la prudencia, espíritu y santidad de la Silla Apostólica, y que aquella muger es pintada por los historiadores como la muger mas disoluta y de atroces costumbres?

Réstanos solo examinar el último insulto dirigido por D. Juan á este Papa, á saber: que fué él quien ocasionó la muerte del primer marido de Marozia. Para refutarlo ó confesar la verdad, he registrado cuidadosamente los libros y ni una sola palabra he encontrado sobre esto. ¿Dónde pues, hallaría consignado ese hecho el Sr. Amador?

Juan XI.

No me admira que D. Juan Amador mienta á roso y velloso. ¡Hay tantos prójimos que tienen ese oficio! Lo que me admira es que lo haga con tal desparpajo y aplomo que parece que nos relata algun pasaje del Evangelio. No dice siquiera, "como me lo contaron te lo cuento," sino: fué este Papa, Juan XI, *un hijo sacrilego de Sergio III y de la célebre Marozia, quien lo elevó*

(1) Berault, tom. XI, p. 62.

(2) Tom. III, p. 119.

al Papado por medio de sus intrigas, gobernando ella directamente la Iglesia, etc. Y todo el mundo lo ha de creer por aquello de: "Yo lo digo..... y con que yo lo diga basta." No, señor mio, no. Nunca será ese el mejor modo de *despertar á los fanáticos*. Con ese tono monótono y cascado, no logra vd. mas que hacernos bostezar y dormir. Pero al grano: oiga lo que responde Berault á esa calumnia contra Papa Sergio: [1] "La silla de San Pedro estaba ocupada á la sazón por Juan XI, hijo de la famosa Marozia y [de Guido, duque de Espoleto, y no del Papa Sergio, como lo asegura Luitprando, sin mas fundamento que los rumores populares." Adelante.

Estévan VIII.

Los historiadores están conformes al referir que este Papa, cumpliendo con su mision de paz, trabajó con su influencia porque esa misma paz se obtuviera entre Alberico y Hugo, para lo que comisionó al virtuosísimo abad Odon; y amenazó con excomunion á los rebeldes, conforme se ve en las historias de Beaufort y Receveur; (2) pero ninguno asegura, como lo hace Amador, que hubiera por fin fulminado el anatema. Esto lo consignamos por el deseo de que en nada se altere la verdad histórica.

Juan XII

"El Papa Agapito II habia honrado la Santa Sede con su celo y virtudes durante su pontificado de diez años. Murió al fin del año de 955, y le sucedió Juan XII, que fué el escándalo y oprobio de la Iglesia por sus desórdenes; pero conviene advertir que estos, desgraciadamente muy ciertos, han sido sin duda exajerados por Luitprando, ó mas bien por su continuador que habia to-

(1) Tom. XI, pág. 77.

(2) Tom. 2. p. 271.—Tom. 3, p. 241.

mado el partido de Oton contra éste Pontífice; y que cuenta con visible afectacion los rumores populares menos fundados. De esta historia naturalmente sospechosa, han sacado los cronistas posteriores sus materiales." Tales son las palabras con que Receveur (1) comienza la historia de Juan XII, y por ellas conocemos que no carecen de parcialidad las acusaciones que se le hacen; y además que, aun suponiéndolas ciertas, nada dicen contra el pontificado, sino solo contra el que las cometió, como lo hemos repetido innumerables veces.

Leon VIII.

Nada tenemos que decir de este Papa que no se puede reputar como legitimo, pues como elegido durante la vida de Juan XII, su eleccion no fué válida, supuesto que éste no pudo ser destituido de tan alta dignidad por una asamblea convocada por Oton que ninguna jurisdiccion tenia en la Iglesia como príncipe secular (2).

Juan XIII.

Al hablar de este Pontífice describe el *Despertador* los excesos y crueldades del Emperador Oton, en su entrada á Roma. No es del caso ocuparnos de lo que haya hecho ese príncipe. En cuanto á Juan XIII, á quien pretende acusar Amador de que no intercedió para calmar la cólera del Emperador, tenemos que decirle: que él mismo confiesa unas líneas antes *que instado el Pontífice para que volviera á Roma por los personajes que lo habian lanzado de aquella ciudad que temian ser castigados por Oton, volvió accediendo á sus deseos*; pero que á pesar de eso el Emperador *decapitó. &c.* Hizo, pues, Juan XIII lo que pudo; sirvió á sus propios enemigos hasta donde le fué dado, y si se abstuvo de interceder por los sentenciados, fué sin duda porque conoció que era inú-

(1) Tom. III. lib. 25.

(2) id. id. id. p. 280 de Recev.

til toda súplica con un hombre tan duro é inflexible y de un carácter tan arrebatado y colérico como Oton. Así debió creerlo, y con razon, el Pontífice, maximé cuando vió que no valió su presencia en Roma para evitar que Oton procediera contra los *comprometidos*, como ellos lo esperaban.

Benedicto VI.

No sé por qué Amador coloca entre sus *retratos* á este Pontífice. No dice de él ni mal ni bien: sobra, pues, y no tiene objeto, digo el objeto que se ha propuesto el *enemigo del papado*, que es entresacar de esa cadena no interrumpida desde San Pedro hasta Pio IX, los que mas le han convenido para deturparlos, dejando en el olvido á cien mas que son el honor de las edades y la gloria de la Iglesia. Y aqui descubro otra prueba del espíritu de *imparcialidad* que guía á ese *retratista*. Si pretende que el mundo conozca á los Papas y juzgue lo que es el Papado, ¿por qué no los *expone* á todos? ¿por qué va escojiendo de siglo en siglo á éste y aquel, y luego los presenta en grupo despues de mancharlos con toscos brochazos, diciendo: mirad este es el papado?

Pero se nos olvidaba el Sr. Benedicto VI: ya que hay ocasion de hacerlo, recordamos que su celo por la defensa de los derechos imprescriptibles de la Iglesia, y por conservar íntegro el depósito que le confiara la Providencia, (1) le atrajo toda suerte de persecuciones y crueldades, muriendo mártir de la santa causa que defendia.

Bonifacio VII.

La historia nos habla de los muchos crímenes de este *antipapa*. ¿Por qué nos los referirá el Sr. D. Juan? ¿Pues no ha intitulado

(1) Bercastel tom. XI. p. 176.

su cuaderno, “Estracto de los retratos de varios Papas”? Este no fué Papa. ¿No lo sabia el Sr. Amador? No estamos lejos de que nos cuente el homicidio de Miguel Servet, cometido por Calvino, como cosa de los Papas. Y no sería extraño: cierto dia dijo un libre pensador que yo me sé: ¡el clero! ¡cuán malo es! Recuérdese que él fué quien mató á Coré, Datan y Abiron.—Y á propósito del antipapa Bonifacio y de cosas que no vienen al caso, no olvide el Sr. Amador que muerto por los romanos é insultado su cadáver, fué recojido y sepultado por los clérigos de aquella ciudad, segun lo sienta Burio en la pág. 130 de su Historia que ya hemos citado.

Gregorio V.

Sabido es que para juzgar con acierto de la conducta pública de un hombre, debe tomarse muy en cuenta la época que alcanzó. Gregorio V subió al Pontificado al espirar el siglo X, ese siglo de turbulencias, de rencores, del mas espantoso desbordamiento de los vicios y de grandes crímenes. Las facciones eran la mas terrible peste social. En el tiempo de que venimos hablando era el terror y el azote de Roma el Patricio Crescencio, que aliado con un aventurero calabres, con el anti-papa llamado Filagato, cometian los mas abominables excesos. Las bandas de estos dos tiranos, son un dia destruidas por el Emperador Oton que llega á Roma y repone á Gregorio V en el trono de que lo habian lanzado Crescencio y Filagato. La indignacion universal pesaba sobre estos dos grandes culpables y fueron castigados muy duramente. Crescencio fué decapitado por orden del Emperador, y Filagato, despues de mil crueldades de que fué objeto su persona al caer en manos de los soldados del Emperador Oton, fué paseado por las calles de Roma, montado en un asno con la cabeza vuelta á las ancas y con un vestido hecho girones. Dicen los historiadores que esto último fué por orden, ó al menos con conocimiento de Gregorio.—Lo consignamos así porque nuestra divisa es la ver-